

LIBRO IV

Cómo se modifican los caracteres psicológicos
de las razas.

CAPÍTULO PRIMERO

IMPORTANCIA DE LAS IDEAS EN LA VIDA DE LOS PUEBLOS

Las ideas directivas de cada civilización son siempre muy reducidas en número.—Lentitud extrema de su nacimiento y de su desaparición.—Las ideas no obran sobre la conducta sino después de ser transformadas en sentimientos.—Entonces forman parte del carácter.—Gracias á la lentitud de la evolución de las ideas, las civilizaciones tienen cierta estabilidad.—Cómo se establecen las ideas.—La acción del razonamiento es nula.—Influencia de la afirmación y del prestigio.—Papel que representan los convencidos y los apóstoles.—Deformación que experimentan las ideas cuando descienden á las multitudes. La idea universalmente admitida obra al punto sobre todos los elementos de la civilización.—Es por efecto de la comunidad de ideas por lo que los hombres de un mismo tiempo tienen una suma de concepciones medias que les hacen muy semejantes en sus pensamientos y en sus obras.—El yugo de la costumbre y de la opinión.—No disminuye su influencia sino en aquellas edades críticas de la historia en que las viejas ideas han perdido su influencia y aún no han sido reemplazadas por otras.—Sólo en estas edades críticas puede tolerarse la discusión de las opiniones.—Los dogmas no se mantienen sino

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"FONSO REYES"

1925 BUENOS AIRES, ARGENTINA

bajo la condición de no ser discutidos. —Los pueblos no pueden cambiar sus ideas y sus dogmas sin verse al mismo tiempo obligados á cambiar de civilización.

Después de haber mostrado que los caracteres psicológicos de las razas poseen una gran estabilidad, y que de ellos se deriva la historia de los pueblos, añadimos que los elementos psicológicos pueden, lo mismo que los elementos anatómicos de las especies, transformarse á la larga por lentas acumulaciones hereditarias. De tales transformaciones depende una gran parte de la evolución de todas las civilizaciones.

Los factores susceptibles de provocar aquellos cambios psicológicos son varios. Entre otros pueden citarse: las necesidades, la concurrencia vital, la acción de ciertos medios, los progresos de las ciencias y las industrias, la educación y las creencias. He consagrado ya un volumen (1) al estudio de la importancia de cada uno de ellos y no vamos de nuevo á tratar de este asunto aquí más que lo necesario para mostrar, y esto sólo prefiriendo los aspectos más esenciales, el mecanismo de su acción. A este estudio será consagrado este capítulo y los siguientes.

El estudio de todas las civilizaciones que se han sucedido desde el origen del mundo, prueba que se han guiado en su desenvolvimiento por un es-

(1) *El hombre y las sociedades. Sus orígenes y su historia*, t. II, Evolución de las sociedades.

caso número de ideas fundamentales. Si la historia de los pueblos se limitase á la de sus ideas, no sería muy larga. Cuando una civilización ha conseguido crear en un siglo una ó dos ideas fundamentales en el campo del arte, en el de la ciencia, en el de la literatura ó en el de la filosofía, se puede creer que ha sido altamente brillante.

Las ideas no tienen acción alguna real sobre el alma de los pueblos sino cuando á consecuencia de una lentísima elaboración han descendido de las movibles regiones del pensamiento á región estable é inconsciente de los sentimientos, en las cuales se elaboran los motivos de nuestras acciones. Entonces es cuando constituyen elementos de nuestro carácter y pueden obrar sobre nuestra conducta. El carácter está, pues, formado de una estratificación de ideas inconscientes.

Cuando las ideas han experimentado esta elaboración adquieren un poder considerable, porque la razón no tiene ya imperio alguno sobre ellas. El convencido á quien domina una idea cualquiera es inaccesible á todos los razonamientos, sea cual fuere la magnitud intelectual que se le suponga. Lo más que podrá él hacer es intentar, y lo más corriente será no intentarlo, por artificios de pensamiento y con frecuencia por deformaciones muy grandes, que la idea que se le proponga entre á formar en el conjunto de las concepciones que le dominan.

Si vemos, pues, que las ideas no pueden ejercer

acción en la conducta sino cuando han descendido de las regiones de la conciencia á la de la inconsciencia, comprenderemos fácilmente con cuán intensa lentitud deben transformarse y por qué las ideas directivas de toda civilización son tan poco numerosas y necesitan para evolucionar tanto tiempo; y nos debemos felicitar de que así sea: de otro modo las civilizaciones no podrían adquirir ninguna permanencia. Es al mismo tiempo satisfactorio que las ideas nuevas acaben á la larga por hacerse aceptar, pues que si las antiguas fueran inmutables absolutamente, las civilizaciones no realizarían progreso alguno. Dada la inevitable lentitud de nuestras transformaciones mentales, es necesario el transcurso de muchas generaciones para que triunfen las ideas nuevas y más aún para que lleguen á desaparecer. Los pueblos más civilizados son aquellos cuyas ideas directivas se han sabido mantener á una igual distancia de la versatilidad y de la inmutabilidad; la historia se nos aparece llena de ruinas de aquellos pueblos que no supieron mantener este equilibrio.

Es, pues, fácil de comprender que lo que más admira cuando se considera la historia de un pueblo no sea la riqueza y novedad de sus ideas, sino la pequeñez del caudal de las mismas, la lentitud de su transformación y el poder ejercido por ellas. Las civilizaciones son el resultado de unas pocas ideas fundamentales, y cuando ellas cambian, las

civilizaciones han de cambiar fatalmente y en seguida, también. La Edad Media se ha apoyado en dos ideas fundamentales: la religiosa y la feudal. De estas dos ideas fundamentales surgieron sus artes, su literatura y la concepción de todas las manifestaciones de la vida. Al alborear el Renacimiento comienzan aquellas dos ideas á alterarse; el ideal resurge del viejo mundo grecolatino, y se impone á la Europa; en seguida, la concepción de la vida, las artes, la filosofía, comienzan á transformarse. Luego, la autoridad tradicional se quebranta, las verdades científicas van sustituyendo gradualmente á las reveladas, y de nuevo la civilización se transforma. Hoy las viejas ideas religiosas parece que han perdido definitivamente la mayor parte de su antiguo poderío, y por esto la mayoría de las instituciones sociales que se apoyan en ellas están amenazadas de destrucción.

La historia del origen de las ideas, de su predominio, de su uso, de sus transformaciones y de su desaparición, se habrá de hacer apoyándola en numerosos ejemplos. Si pudiésemos entraren detalles, mostraríamos que cada elemento de civilización, filosofía, creencias, artes, literatura, etc., está sometido á muy pequeño número de ideas directivas, cuya evolución es sumamente lenta. Ni las ciencias escapan á esta ley. Toda la física moderna se deriva de la ley de indestructibilidad de la fuerza; toda la biología, de la idea del transformismo; toda

la medicina, de la idea de la acción de lo infinitamente pequeño, y la historia de estas ideas enseña que aunque se dirijan á los espíritus más claros no se establecen sino poco á poco y con dificultad. En un tiempo como el nuestro, en el que todo va tan de prisa, y en un orden de cosas en el cual ni las pasiones ni los mezquinos intereses ejercen casi acción alguna, el establecimiento de una idea científica no necesita menos de un período de veinticinco años. Las más visibles, las más fáciles de demostrar, aquellas que menos se prestan á ser objeto de controversia, la idea de la circulación de la sangre, por ejemplo, ha necesitado aquella cantidad de tiempo para ser generalmente aceptada.

Ora se trate de una idea científica, ora de una religiosa, filosófica ó artística; esto es, de una idea cualquiera, su propagación se efectúa siempre por un mecanismo idéntico. Es necesario que sea desde luego adoptada por un pequeño número de apóstoles, de los cuales la intensidad de la fe ó su autoridad personal presta á la idea por ellos acogida un gran prestigio; éstos obran entonces más por sugestión que por demostración. No es en el valor de la demostración en lo que hay que buscar el mecanismo de la persuasión. Una persona puede imponer sus ideas, ya sea por el prestigio de que goce, ya sea dirigiéndose á las pasiones de los demás; pero no ejercerá ninguna influencia si sólo se dirige á la razón. Las multitudes no se de-

jan nunca persuadir por demostraciones, sino por afirmaciones solamente, y la autoridad de estas afirmaciones depende del prestigio de quien las enuncia.

Cuando aquellos primeros apóstoles han conseguido convencer á algunos adeptos y formar así otro número de apóstoles, la idea nueva comienza á entrar en el dominio de la discusión. Ella levanta entonces por doquier una oposición general, porque hiere muchas cosas viejas establecidas de antiguo. Los apóstoles que la defienden son enardecidos por esta oposición, que no logra sino persuadirles de que son superiores al resto de los hombres, sólo porque no piensan como ellos, y defienden con energía la idea nueva, no porque sea cierta—lo más frecuente es que ni sepan si lo es—sino simplemente porque la han adoptado. La nueva idea es entonces más y más discutida, es decir, en realidad aceptada en bloque por los unos y rechazada en bloque por los otros. Se cruzan afirmaciones y negaciones y pocos argumentos. Los motivos de aceptación ó repulsión de alguna idea no son, respecto á la mayoría de los cerebros, sino motivos sentimentales, afectivos, en los cuales el razonamiento, maldito lo que influye.

Gracias á tales debates, siempre apasionados, la idea progresa, aunque lentamente. Las generaciones nuevas que la hallan discutida propenden á adoptarla sólo porque se la discute. Para la ju-

ventud, ávida siempre de independencia, la oposición en bloque á las ideas recibidas es la forma de originalidad que halla más accesible.

La idea nueva prosigue, pues, ampliándose en la conciencia general y pronto no necesitará ya del apoyo apostólico de los convencidos. Ella va mientras tanto extendiéndose por doquier por efecto de la imitación, simplemente por contagio; ique tan dados son á ella los hombres como lo serían los grandes monos antropeidos que la ciencia moderna les asigna por progenitores!

Desde que el mecanismo del contagio interviene, la idea entra en la fase que acaba por su completo éxito. La opinión la acepta en seguida. Adquiere entonces una fuerza penetrante y sutil que la impone en todos los cerebros progresivamente, creando al mismo tiempo una manera singular de atmósfera mental, un modo general de pensar. Como ésta acaba extendiéndose y filtrándose por todas partes, la nueva idea cristaliza en todas las conciencias, palpita en todas las producciones de una época, y ella y sus múltiples consecuencias forman ya parte del *stok* compacto de vanalidades hereditarias que se imponen por la educación. La idea ha triunfado y ha entrado en los dominios del sentimiento, donde se mantendrá por largo tiempo al abrigo de todo atentado.

De las ideas diversas que guían una civilización cualquiera, las unas, las relativas á las artes

ó á la filosofía, por ejemplo, permanecen en las capas superiores de las naciones; las otras, las relativas á las concepciones religiosas y políticas, singularmente, descienden á veces hasta las inferioridades más hondas de las multitudes. Llegan allí por lo común muy deformadas, pero cuando llegan, el poder que ejercen sobre las almas primitivas, incultas, incapaces para toda discusión, es inmenso. Las representa entonces algo invencible, y sus efectos se propagan con la violencia de un torrente al cual no hay dique alguno que le contenga. Es siempre fácil de hallar en un pueblo un número de cien mil individuos que se dejen matar en defensa de una idea, desde el punto de vista en que ésta les ha sojuzgado. Entonces es cuando sobrevienen los grandes acontecimientos que trastornan la marcha normal de la historia y que no es dado realizar á las multitudes. No ha sido mediante los literatos, los artistas y los filósofos como se han establecido las religiones que han gobernado el mundo ni esos vastos imperios que se han extendido de un hemisferio terrestre al otro, ni las grandes revoluciones religiosas y políticas que han estremecido la Europa, no, sino mediante los iletrados, los incultos, dominados por una idea de tan intenso modo que no han reparado en sacrificarle la vida, con tal de sostenerla y propagarla. Con un bagaje mental teóricamente muy pequeño, pero de hecho muy fuerte, los nómadas del desier-

to de la Arabia conquistaron una gran parte del viejo mundo grecorromano y fundaron uno de los más grandes imperios de que nos habla la historia. Con un bagaje moral semejante—el enseñoreamiento de una idea—los heroicos soldados de la Convención tuvieron frente á sí la Europa puesta en armas, de un modo victorioso para ellos.

Una honda convicción es de tal manera irresistible que sólo una convicción igual puede luchar contra ella con probabilidades de éxito. Aquella triunfará cuando la fuerza material que se le oponga esté al servicio de sentimientos tibios y de creencias debilitadas; pero si le hace frente una fe de intensidad igual á la suya, la lucha es muy reñida y el triunfo en ella es determinado por circunstancias accesorias, las más veces de orden moral, tales como el espíritu de disciplina y la mejor organización. Estudiando la historia de los árabes hemos visto que en sus primeras conquistas—y éstas fueron siempre las más difíciles é importantes—hallaron adversarios moralmente débiles, si bien su organización militar era más perfecta que la de los conquistadores. Llevaron primeramente á Siria sus armas y se hallaron allí frente á ejércitos bizantinos formados por mercenarios poco dispuestos á sacrificarse por nada. Animados los árabes de una profundísima fe, dispersaron aquella tropa sin ideal, tan fácilmente como en la antigüedad un puñado de griegos, sostenidos en su em-

puje alentoso por el amor á la *ciudad*, deshizo el poderoso ejército de Gerges. La suerte de las armas arábigas hubiera sido otra si en vez de aquellos ejércitos de mercenarios se hubiesen hallado con las cohortes romanas de algunos siglos antes. Es evidente que cuando dos fuerzas morales igualmente poderosas se acometen, de los dos grupos encarnadores de ellas, el mejor organizado es el que triunfa. Los vandeanos tenían sin duda una fe muy viva, eran convencidos enérgicos, pero los soldados de la Convención tenían también muy arraigadas sus convicciones, y como estaban militarmente mejor organizados, ellos fueron los triunfadores y los importadores de su fe.

En religión, como en política, el éxito es siempre de los creyentes, nunca de los escépticos; y si hoy el porvenir parece sonreír á los socialistas, no obstante lo absurdo de sus dogmas, sólo es porque no hay más que ellos que sean realmente hombres convencidos. Las clases directoras modernas han perdido la fe en todas las cosas: no creen en nada, ni siquiera en la posibilidad de defenderse de la amenazante plaga de bárbaros que por todas partes les rodean.

Cuando después de un periodo más ó menos largo de tanteos, de recomposición, de deformaciones, de discusión, alguna idea ha adquirido su forma definitiva y ha penetrado en el alma de la multitud, constituye ya un dogma, es decir, una

verdad absoluta y, por ende, no se discute. Forma entonces parte integrante del caudal de creencias generales sobre que reposa la existencia de los pueblos. Su carácter universal les permite hacer un papel preponderante. Las grandes épocas de la historia, el siglo de Augusto, como el de Luis XIV, son aquellas en que las ideas, habiendo salido del período de tanteos y del de discusión, se han hecho estadias y se han convertido en dueñas del pensamiento y de la voluntad de los hombres. Entonces son para la vida humana como faros luminosos y todo lo que ellas esclarecen con su fulgor, reviste semejante virtualidad.

Desde que ha triunfado una idea nueva imprime un sello en los nuevos elementos de la civilización; pero no produce todos sus efectos mientras no penetra en el alma de las multitudes. Desde las alturas intelectuales donde ha nacido desciende la idea de capa en capa social, alterándose y modificándose incesantemente hasta que llega á revestir una forma, accesible al alma popular, que hará su triunfo definitivo y completo. Se presenta entonces concentrada en un reducido número de palabras, á veces en una sola; mas esta palabra evoca poderosas imágenes, seductoras ó terribles, pero siempre de gran sensación. Así fueron las voces *paraíso* é *infierno* en la Edad Media, corto número de sílabas que tuvieron el mágico poder de responder á todo y de explicarlo todo, para las almas sencillas.

llas. La palabra *socialismo* representa para el obrero moderno una de esas fórmulas mágicas y sintéticas capaces de dominar las almas. Ella evoca, entre las masas donde es acogida, imágenes varias, pero poderosas, no obstante sus formas rudimentarias.

Para los teorizantes franceses, la palabra «socialismo» evoca una especie de paraíso, en el cual los hombres llegados á él gozan bajo la incesante dirección del Estado, una felicidad ideal. Para los obreros alemanes, la imagen evocada se presenta bajo la forma de una humosa taberna, donde el Gobierno servirá á todo rolde grandes pirámides de chorizos (1) y de un número infinito de vasos de cerveza.

Ningún buen soñador de *choucroute* ó de igualdades se ocupó nunca de conocer el número de las cosas que habrán de repartirse ni el de las repartidas. Es una propiedad de la idea imponerse en una forma tan absoluta que ninguna objeción opuesta será escuchada.

Cuando la idea poco á poco ha llegado á transformarse en sentimiento, su triunfo queda asegurado por un largo período y será inútil todo razonamiento empleado contra ella. Sin duda con el tiempo la nueva idea sufrirá la misma suerte que aquella que vino á reemplazar. Ella envejecerá y decli-

(1) *Choucroute*.

nará; pero antes de llegar á su completo desuso, necesitará pasar por una serie de transformaciones regresivas, de deformaciones variadas que no se cumplirán sino á través de la vida de muchas generaciones. Antes de morir por completo, formará parte de las viejas ideas hereditarias, que calificamos de prejuicios y que, por ende, respetamos. La idea antigua, no siendo entonces más que una palabra, un sonido, un reflejo, posee un poder mágico que aún nos subyuga.

Así se mantiene el viejo caudal hereditario de ideas anticuadas, de opiniones, de convenciones que aceptamos devotamente y que no resistirán al más pequeño embate de la razón, si queremos discutir las. ¿Pero cuántos hombres son aptos para discutir sus propias opiniones, y cuántas de tales opiniones se mantendrían subsistentes después de someterlas al más ligero examen?

Pero es mejor no intentar este examen disolvente. Felizmente somos poco propensos á él. El espíritu crítico constituye una rara facultad superior, no obstante representar el de imitación una facultad muy extendida; la inmensa mayoría de los cerebros aceptan sin dificultad las ideas cuando las suministra la opinión y la educación las transmite.

Es así como, por herencia, educación, contagio y la opinión colectiva, los hombres de cada tiempo y cada raza han tenido un caudal de conceptos

medios que les han hecho semejantes á los unos y los otros, hasta el punto de que cuando han pasado siglos y siglos sobre la memoria de ellos, reconocemos en sus producciones artísticas, filosóficas y literarias el tiempo en que vivieron. Sin duda no se podrá decir que se copiaron los unos á los otros; pero sí que tuvieron un conjunto de modos idénticos de sentir y de pensar, que les condujo á guardar en sus producciones respectivas semejanzas fundamentales.

Es conveniente facilitar que así suceda, porque esta red de tradiciones, ideas, sentimientos, creencias y modos comunes de pensar constituye precisamente el alma de los pueblos; y ya hemos visto que ésta es tanto más sólida cuanto aquella red es más fuerte. Es ella, realmente y sólo ella, la que mantiene á las naciones en su personalidad y no podría disgregarse, sin que las naciones se disolvieran al punto. Constituye á la vez su poder y su verdadero soberano, de modo que aunque se nos aparecen con frecuencia los monarcas orientales como déspotas que no tienen más guía que su capricho, este capricho suele hallarse, por virtud de la mencionada red, encerrado en estrechos límites, siendo precisamente el mundo oriental, donde aquella red es más poderosa. Las tradiciones religiosas, tan quebrantadas entre nosotros, han conservado allí todo su imperio; y no habría un déspota en aquellas comarcas capaz de sustraerse á estas

dos soberanías, infinitamente más fuertes que lo son ellos: la tradición y la opinión.

El hombre civilizado moderno se halla en uno de esos raros períodos críticos de la historia en que habiendo perdido su predominio las ideas de donde su civilización se deriva y no habiéndose formado aún las nuevas ideas fundamentales sustitutivas de aquéllas, toda discusión es tolerada. Hay necesidad de remontarse á la contemplación de las civilizaciones antiguas, ó á como era la vida en Europa dos ó tres siglos ha, para formarse un concepto claro de la fuerza de la costumbre y la opinión colectiva y de cuánto costaba de esfuerzo y de quebrantos á cualquier atrevido innovador, atacar estas dos potestades. Los griegos, de quienes ignorantes retóricos nos afirman que tan libres fueron, estaban estrechamente sometidos al yugo de la opinión y la costumbre: todo ciudadano se hallaba, entre ellos, rodeado de un ambiente de creencias comunes absolutamente inviolables; nadie allí se hubiese resuelto á discutir las ideas recibidas del medio y comunmente seguidas, sin decidirse á la par á mostrarse como un rebelde. El mundo griego no conoció ni la libertad religiosa, ni la libertad de la vida privada, ni clase alguna de libertad. La ley ateniense no permitía que ningún ciudadano viviese apartado de las asambleas ni que dejase de celebrar en el terreno religioso ningún acontecimiento nacional. La pretendida liber-

tad del mundo antiguo sólo era la sumisión inconsciente y por lo mismo perfecta, del ciudadano, al yugo de las ideas de su ciudad. Dado el estado de guerra general en que vivían entonces las sociedades, unas respecto á otras, la sociedad cuyos miembros hubiesen poseído la libertad de pensar y de obrar, no hubiera podido subsistir ni un solo día. El período de la decadencia para los dioses, las instituciones y los dogmas, ha sobrevenido en el momento que la fe en ellos ha tolerado que se les discuta.

En las civilizaciones modernas, las antiguas ideas que servían de base á la opinión y las costumbres se hallan casi destruídas, su imperio se ha hecho sumamente débil; han entrado en el período de decadencia durante el cual las ideas antiguas pasan al estado de prejuicios; y mientras no son aquéllas reemplazadas por una idea nueva, reina en los espíritus la anarquía, gracias á la cual es tolerada dicha discusión. Escritores, pensadores y filósofos deben aprovecharse de la libertad que la laxitud de creencias de la edad presente les ofrece, porque no hallarán nunca otra igual. Acaso sea éste un tiempo de decadencia; pero es uno de esos raros momentos de la historia del mundo en que la expresión del pensamiento es libre. No durará mucho.

Con las condiciones presentes de la civilización, los pueblos europeos marchan hacia un estado so-

cial que no tolerará ni discusión ni libertad; los nuevos dogmas que van á originarse no se habrán de establecer definitivamente, sino á condición de no admitir, de ningún modo, que se les discuta y de ser tan intolerantes como aquéllos que les han precedido.

Los hombres de ahora buscan todavía las ideas que hayan de servir de base al futuro estado social, y ese es el gran riesgo para ellos, precisamente; que aquello que importa en la historia de los pueblos é influye con vigor en sus destinos, ni son las revoluciones, ni las guerras, cuya huella de ruinas se desvanece pronto, sino los cambios de las ideas fundamentales. Estos no se pueden realizar (como sucede con las ideas religiosas de que han vivido los hombres hasta hoy, durante mucho tiempo), sino porque son necesarias repetidísimas experiencias para saber si las ideas nuevas pueden adaptarse á las necesidades de la sociedad que las adopta. Su grado de utilidad no es desgraciadamente apreciable para las multitudes, sino tras largas experiencias. Sin duda no es necesario ser un gran psicólogo ni un gran economista para predecir que la aplicación de las ideas socialistas actuales conducirá á los pueblos que las adopten á un estado de abyecta decadencia y de vergonzoso despotismo; pero cómo convencer á los pueblos impelidos á aceptar el nuevo evangelio, de que éste les es perjudicial!

La historia nos enseña frecuentemente cuánto han costado á la humanidad los ensayos de muchas ideas inaceptables para una época determinada; pero no es en la historia donde el hombre toma sus lecciones. Carlomagno ensayó vanamente rehacer el imperio romano; mas la idea de unidad nacional no era realizable en aquella sazón, y su obra pereció con él, como tenía que perecer más tarde la de Napoleón. Felipe II pone inútilmente á prueba su ingenio y el poderío de España (predominante en el mundo entonces), para combatir el espíritu del libre examen, que bajo el nombre de protestantismo se extendió por Europa. Todos sus esfuerzos contra la idea nueva no consiguieron más que arrojar á España en un estado de decadencia y ruina del cual no ha podido levantarse. En nuestros días las ideas quiméricas de un visionario coronado, inspiradas por la sensiblería internacional de su raza, han hecho la unión de Italia y Alemania y nos ha costado dos provincias y la paz para largo tiempo. La idea tan profundamente arraigada de que el número da la fuerza á los ejércitos ha cubierto la Europa de una especie de guardia nacional en armas y la conduce á una quiebra inevitable. Las ideas socialistas respecto al trabajo, el capital, la transformación de la propiedad privada en propiedad del Estado, etc., acabarán con los pueblos que los grandes ejércitos permanentes y las quiebras hayan dejado en pie.

El principio de las nacionalidades, tan caro, tiempo hace, á los hombres de Estado, que en él apoyan toda su política, puede citarse entre las ideas directoras de las cuales aún hay que sufrir la peligrosa influencia.

Su realización ha conducido á Europa á las guerras más desastrosas, ha puesto sobre las armas y conducirá sucesivamente á todos los Estados modernos á la ruina y la anarquía. El solo motivo aparente que se puede invocar para defender tal principio es que los países más grandes y más poblados son los más fuertes y los menos amenazados. Secretamente se piensa también que son los más fáciles de conquistar. Pero precisamente se ve que hoy los países más pequeños, como Portugal, Grecia, Suiza, Bélgica, Suecia, los minúsculos principados de los Balkanes, son los menos amenazados. La idea de la unidad ha arruinado á Italia, antes tan próspera, y por esto se halla amenazada de una revolución y de una bancarrota. El presupuesto anual de los gastos de todos los Estados italianos, que antes de la unidad italiana se elevaba sólo á 550 millones, asciende hoy á la enorme cifra de 2.000.

Pero no es dado á los hombres contener la marcha de las ideas cuando han penetrado en las almas. Es necesario en este caso que su evolución se efectúe; y tienen, con la mayor frecuencia, por defensores á los mismos que están señalados para

ser sus primeras víctimas. Ella es seguida ciega-mente por los hombres como manada de carneros que siguen al guía que les conduce al matadero. Inclinémonos, pues, ante el gran poder de la idea. Cuando haya llegado á cierto período de su evolución, ni habrá razonamiento ni demostración que puedan prevalecer contra ella. Para que los pueblos puedan librarse de la esclavitud de una idea es necesario el transcurso de siglos ó el estallido de violentas revoluciones y á veces las dos cosas. La humanidad no podría contar las quimeras que sobre esto se ha forjado y de que ha sidó víctima á través del tiempo de su existencia.

CAPÍTULO II

PAPEL QUE HACEN LAS CREENCIAS RELIGIOSAS EN LA EVOLUCIÓN DE LAS CIVILIZACIONES

Influencia preponderante de las ideas religiosas.—Ellas han constituido siempre el elemento más importante de la vida de los pueblos.—La mayor parte de los acontecimientos históricos, así como las instituciones políticas y las sociales, se derivan de las ideas religiosas.—Con toda nueva idea religiosa siempre nace una nueva civilización.—Poder del ideal religioso.—Su influencia sobre el carácter.—El hace que todas las potencias se dirijan hacia un mismo fin.—La historia política, artística y literaria de los pueblos es hija de sus creencias.—El menor cambio en las creencias de un pueblo tiene por consecuencia necesaria una serie de transformaciones en la existencia de éste.—Diferentes ejemplos.

Entre las ideas diversas que conducen á los pueblos y que son los faros de la historia, los polos de la civilización, las ideas religiosas han tenido una participación importante, y muy fundamental para que dejemos de consagrarles un capítulo á ellas solas.

Las creencias religiosas han constituido siempre el principal elemento de la vida de los pueblos, y, por lo mismo, de su historia. Los acontecimientos históricos más importantes han sido los procedentes del nacimiento y de la muerte de los dioses.

Con una idea religiosa nueva nace necesariamente una civilización nueva. Para todas las edades de la humanidad, lo mismo en los antiguos que en los modernos tiempos, las cuestiones fundamentales han sido siempre las cuestiones religiosas. Si la humanidad pudiese hacer morir á todos sus dioses, bien se podría entonces decir que tal acontecimiento era, por sus efectos, el más trascendental de cuantos anota la historia de los hombres, desde el nacimiento de la civilización primera.

Es necesario admitir, en efecto, que desde los días de la aurora de la historia, todas las instituciones políticas y sociales han sido fundadas sobre las creencias religiosas y que en la escena del mundo han representado los dioses los primeros papeles. Además del amor, que es una especie de religión personal, solamente las creencias religiosas tienen el poder de obrar de una forma rápida sobre el carácter. Las conquistas de los árabes, las Cruzadas, España bajo la Inquisición, Inglaterra durante la época puritana, Francia con su *Saint-Berthélemy*, y las guerras de la revolución, muestra hasta dónde llegan los pueblos fanatizados por sus quimeras. Ejercen una hipnotización permanente tan intensa, que toda la constitución mental es profundamente transformada. Sin duda el hombre ha creado los dioses, pero luego y en seguida se ha convertido en su siervo. No son hijos

del miedo, como Lucrecio afirma, sino de la esperanza, y he aquí por qué su influencia será eterna. Lo que los dioses han dado á los hombres y lo que sólo hasta ahora han podido darles, es un estado de ánimo importador de la dicha, cosa que ningún filósofo ha conseguido hacer.

La consecuencia, si no el fin, de todas las civilizaciones, de todas las filosofías, de todas las religiones, es engendrar ciertos estados de espíritu, y de estos estados implican unos la felicidad y otros, no. Nuestra felicidad depende poco de las circunstancias exteriores y mucho del estado de nuestra alma. Los mártires sobre sus hogueras se sentían indudablemente más felices que sobre sus lechos. El obrero, devorando con despreocupación un trozo de pan untado de manteca, puede ser infinitamente más feliz que un millonario que cuida de sus rentas.

La evolución de la civilización, desgraciadamente, ha creado en el hombre moderno una gran muchedumbre de necesidades sin darle los medios precisos para satisfacerlas y esto produce un intenso y general descontento. La civilización será la madre del progreso; pero también lo es del socialismo y la anarquía, expresiones de la desesperación de las multitudes. Comparad al europeo, siempre inquieto, febril y descontento de su suerte, con el oriental constantemente satisfecho de su destino. ¿Por qué se diferencian sino por el esta-

do de sus almas? Se ha transformado un pueblo cuando se ha transformado su manera de concebir y por tanto de pensar y de obrar. Hallar los medios capaces de hacer felices á sus hombres, he aquí lo que una sociedad debe procurar, ante todo, si no quiere dejar en breve de subsistir. Todas las sociedades que hasta aquí se han fundado han tenido por sostén un ideal capaz para subyugar las almas, y se han deshecho cuando este ideal ha dejado de producir aquel efecto.

Uno de los grandes errores de la Edad moderna es el de creer que sólo en los casos exteriores puede hallar la felicidad el alma humana. Aquélla es creada por nosotros mismos, está en nosotros y nunca fuera de nosotros. Después de haber quebrantado los ideales de los antiguos tiempos, hemos comprobado que es imposible carecer de ellos y que, so pena de desaparecer, nos es indispensable hallar el secreto de reemplazarlos.

Los verdaderos bienhechores de la humanidad, aquellos que justamente merecen que los pueblos reconocidos á ellos les eleven colosales estatuas de oro, son los mágicos-poderosos creadores de ideales, que produce la humanidad algunas veces, aunque sean muy pocas. Por encima del torrente de vanas esperanzas, únicas realidades que el hombre puede conocer; por encima del engranaje rígido y glacial del mundo, ellos han hecho surgir poderosas y pacíficas quimeras que ocultan al

hombre los aspectos sombríos de su destino, y crean para él los palacios encantados del ensueño y la esperanza.

Aun considerándola exclusivamente desde el punto de vista político, se observa que la influencia de las creencias religiosas es inmensa. Lo que hace irresistible su fuerza es que constituyen el único factor que puede al momento dar á un pueblo comunidad de intereses, sentimientos y pensamientos. El espíritu religioso reemplaza así de una vez las lentas acumulaciones hereditarias necesarias para formar el alma de una nación. El pueblo subyugado por una creencia no cambia sin duda su constitución mental, pero dirige todas sus facultades hacia un solo punto: el triunfo de su creencia, y por este solo hecho, el poder de la misma viene á ser formidable. Es en las épocas de fe cuando los pueblos, rápidamente transformados, realizan los más poderosos esfuerzos, y fundan esos grandes imperios que admiran á la humanidad. Es así como algunas tribus árabes, unificadas por el pensamiento de Mahoma, conquistaron en pocos años muchas naciones, que ni tenían noticia de su existencia, y fundaron un inmenso imperio.

No es la calidad de las creencias lo que se ha de considerar, sino el grado de predominio que ejercen sobre las almas. Poco importa que el dios invocado sea Moloch ú otra divinidad más bárba-

ra. Antes al contrario, conviene á su prestigio que sea intolerante, violenta: cuanto más bárbaro, mejor. Los dioses demasiado tolerantes y dulces no despiertan en sus adoradores el concepto de su divino poder. Los sectarios del rígido Mahoma dominaron durante mucho tiempo una grandísima parte del mundo y son aún muy poderosos; los del pacífico Budha no han fundado nunca nada duradero y están ya olvidados por la historia.

El espíritu religioso ha tenido, pues, una capital influencia política en la vida de los pueblos, porque ha sido el único factor capaz de obrar rápidamente sobre su carácter. Sin duda los dioses no son inmortales, pero el espíritu religioso es eterno. Se podrá adormecer por algún tiempo, pero se reanima tan pronto como una nueva divinidad surge en el mundo de las creencias. Él dió lugar, hace un siglo, á que Francia tuviese frente á sí toda la Europa en guerra. El mundo vió una vez más lo que puede el espíritu religioso: porque fué verdaderamente una religión nueva lo que se fundó entonces y animó con su fervor á todo un pueblo. Las divinidades que acababan de surgir eran en verdad hartó frágiles para durar mucho; pero si hubiesen durado largo tiempo, hubieran ejercido un imperio absoluto.

El poder de transformar las almas que poseen las religiones es sin embargo bastante efímero. Es raro que las creencias se mantengan durante un

tiempo largo en el grado ese de intensidad que transforma los caracteres enteramente. La ilusión acaba por debilitarse, el hombre hipnotizado se rebela un poco, y el viejo fondo del carácter reaparece. Aun en el momento mismo en que las creencias son todopoderosas, el carácter nacional puede ser reconocido en la forma como son tales creencias adoptadas y en las manifestaciones que las mismas provocan. Ved la misma creencia en Inglaterra, en España y en Francia: ¡qué diferencias! La Reforma no fué nunca posible en España, é Inglaterra jamás consintió ser sometida al odioso yugo de la Inquisición. En los pueblos que han adoptado la Reforma se perciben claramente los caracteres fundamentales de cada una, que no obstante el hipnotismo que producen las creencias, han conservado sus líneas generales, como son: la independencia, la energía, el hábito de razonar y el de no sufrir servilmente las imposiciones de un jefe.

La historia política, artística y literaria de los pueblos es hija de sus creencias; pero éstas, aunque modifican totalmente el carácter, son á su vez por él modificadas. El carácter de un pueblo y sus creencias son las únicas llaves de su destino. El primero es invariable en sus elementos fundamentales y es por consecuencia de esta invariabilidad por lo que la historia de cada pueblo conserva siempre cierta unidad. En cambio pue-

den variar las creencias, y por eso la historia de las naciones muestra numerosas transformaciones y trastornos.

El menor cambio en el estado de las creencias de un pueblo tiene por necesaria consecuencia toda una serie de transformaciones en su existencia. Hemos dicho en uno de los precedentes capítulos, que en Francia los hombres del siglo XVIII aparentan diferenciarse mucho de los del siglo XVII. Sin duda. Pero, ¿cuál es el origen de tal diferencia? Simplemente el hecho de haber pasado el espíritu nacional de un siglo al otro, de la teología á la ciencia, de haber opuesto la razón á la tradición, la verdad observada á la verdad revelada. Por el simple cambio de concepciones el aspecto de un siglo se ha transformado en el siguiente; y si quisiéramos indagar la serie de sus efectos, veríamos que la gran Revolución francesa, lo mismo que las consecuencias que provinieron de ella y que aún duran, sólo son la simple consecuencia de una evolución de ideas religiosas.

Y si hoy la vieja sociedad oscila desde sus cimientos y ve todas sus instituciones profundamente quebrantadas, es porque pierde á más andar las viejas creencias en que hasta ahora descansaba. Cuando las haya perdido totalmente, una nueva civilización fundada sobre una nueva fe, ocupará el lugar que antes ocuparon las creencias muertas ahora.

La historia nos enseña que los pueblos no sobreviven largo tiempo á la desaparición de sus dioses. Las civilizaciones nacidas con ellos y por ellos, les seguirán fatalmente al sepulcro. No hay nada tan destructor como el poder de los muertos.